

El veraneo del alma

Hemingway dijo de Scott Fitzgerald que saltó directamente de la juventud festiva a la vejez amargada sin pasar por la “madurez viril”. No veo en Javier Aznar riesgo de convertirse en un viejo prematuro, no mientras queden alicientes existenciales tales como la apertura de un restaurante con barman y “cocottes” acodadas en la barra, un club para caballeros en el que entrar con la gabardina húmeda o el fichaje de un nuevo crack para el Real Madrid. Pero este libro que ha escrito, y que no en vano versa sobre lo efímero –todo es efímero menos los pelmazos, todo es efímero menos el catastro–, por momentos me ha evocado la nostalgia de quien se despide de una edad.

La madurez viril según la ley de Hemingway es imposible vivirla en la calle con pretensiones de Soho de Jorge Juan siendo uno un “It-Man”. Faltan paquidermos y munición. Pero Javier tal vez haya escrito lo último suyo en lo que todavía no se aprecia el peso de la siguiente edad, cuando el hombre se vuelve consciente de su finitud,

cuando habla más del último médico que visitó que de la última chica que conoció, cuando las cosas o se hacen o no se harán ya, cuando hay hijos. Javier, resulta obvio al leer estas estampas tuyas vitales, ligeras, sofisticadas, urbanas y bien vestidas, todavía vive en estado de veraneo. De pandilla. De novia nueva. De domingo perezoso en la cama. De disponibilidad para viajar y subirse a un avión que pasa. De fin de semana en Nueva York. En estado de calle, de Champions y de bar. Si habla de cromos de fútbol resulta que son suyos, y no de un hijo. Si habla de las cosas que le gustan, pocas son antiguas. Habla de chicas para las cuales yo ya no tendría paciencia, qué cosa fastidiosa es dedicar tanto tiempo y tanto ingenio a un enamoramiento o a liberar un enfurruñamiento. Y tiene amigos con los que juega a la Play Station mientras se dan consejos de amor, como en una comedia romántica americana en la que los amigos sirven precisamente para eso: para jugar a la Play Station mientras escuchan el desahogo sentimental del muchacho que ligó en la cola del Starbucks y no sabe ahora qué hacer para retener un sentimiento... efímero.

Por debajo de los tumultos, los amigos, los cócteles, los futbolistas, los viajes y las marcas de ropa, en los textos de Javier aparece también un solitario gambardelliano que puede encontrar fascinación, como Holden, en el arcoíris de gasolina de un charco. Tengo una noción de la elegancia muy relacionada con la soledad del "flâneur", del caminante observador, que a veces viene de una fiesta, lleno de estragos, o va a ella. Para ser un gran "flâneur", a Javier sólo le falta una dosis mínima de dolor, de melancolía, de esa madurez viril que surge cuando al veraneo de la

vida de repente le asoma un septiembre. Lo pasa tan bien, tiene amigos tan divertidos y entuertos sentimentales tan fugaces, que aún necesita cierta maceración en el fracaso para alcanzar la aureola del “spleen”. Qué menos que un par de erecciones fallidas o aceptar ya, de una puñetera vez, que jamás triunfará en Primera. Es un hombre todavía no hastiado, aún apetente, que gusta a las chicas y a los camareros y tiene, para narrar lo mundano, una gracia como la de Capote en “Côte-Basque” pero desprovista de la maldad de Capote. A mí me ha llenado la tarde de un olor extraño pero familiar que me ha costado un rato identificar como el de la radiante juventud cuando se tiene un billete de cien euros en el bolsillo y una chica o un amigo con quien gastarlo. Ah, sí, no recuerdo los cromos, pero sí ese verano del alma y de la determinación en el que también estuve durante un tiempo efímero.

David Gistau

Y deja que te mate

*No se enamore nunca de ninguna
criatura salvaje, Mr. Bell.*

Desayuno en Tiffany's

Hace muchos años conocí a una chica en uno de esos viajes sin billete de vuelta. Era muy divertida, robaba botellas de vino del comedor de su residencia de monjas y me dejaba siempre algún disco diciendo "Tienes que escuchar esto" mientras me clavaba aquellos ojos encendidos, como si fuéramos dos espías en la Viena de la Segunda Guerra Mundial y me estuviera entregando un microfilm con información crucial para el devenir de la humanidad.

¿Que cómo se llamaba?

Pongamos que Mafalda.

Mafalda iba por la vida como una funambulista, con un pie dentro y otro fuera. Siempre por el lado salvaje de la vida. Muy Lou Reed.

Mafalda fumaba. Claro que fumaba. Las chicas como Mafalda siempre fuman. Eso es algo que va con el personaje. Pero nunca olía a tabaco. Ella jamás se lo habría permitido.

Enamorarse de Mafalda era algo inevitable. Llevaba seis balas en el tambor de ese revólver que tenía por alma y todos mis amigos y yo fuimos cayendo como moscas. *Bang*, uno. *Bang*, dos. *Bang*, tres. *Bang*, cuatro. *Bang*, cinco. *Bang*, seis. Y todo olía a pólvora, a cerilla apagada y a su colonia.

Uno trataba de no caer en su tela de araña, pero acababa enredado por todos lados. Caíamos. Caíamos con la delicadeza de un piano de cola desde un ático. Como elefantes por el desfiladero de las Termópilas. Así caíamos.

Y lo peor es que ni te dabas cuenta. “¿Yo? Ja, ja, ja. No pienso caer”, decías confiado. “No. *Niet*. Nunca. Jamás. *Never*”. Pero éramos los diez negritos de Agatha Christie: nuestro fatal destino ya estaba escrito.

Ella me veía como un chico estupendo para charlar de discos y tomarnos unas copas. Yo la veía a ella como una chica estupenda para curar con Betadine los arañazos en las rodillas de alguno de los veinticinco hijos que planeaba tener con ella. Pero siempre lograba encontrar una o doce maneras de escapar descalza por la puerta de atrás de mi vida.

Nunca nos peleamos por Mafalda. Porque no tuvimos oportunidad. Habría sido como pelearse por ver a quién le ilumina más la luna. Una disputa estéril. Ella vivía en una huida constante y nosotros íbamos detrás, persiguiéndola a lomos de un caballo de tiovivo.

Mafalda era como Moby Dick. Si ella leyera que la estoy comparando con una ballena, probablemente me arrancaría el corazón, como en esa escena de Indiana Jones, y me lo pasaría por la Thermomix. Una ballena, ¡qué metáfora tan desafortunada! Ella, que se movía con la delicadeza de un flamenco. Ella, que coleccionaba sinónimos del adjetivo *grácil*.

Pero cuando digo que era como Moby Dick es porque era rara, diferente a todo, única. Y todos la perseguíamos por eso. Y ella te arrastraba hacia el fondo del mar, como al capitán Ahab.

Las chicas decían que se daba cierto aire a Uma Thurman en algunos gestos. Pero era más guapa. Sobre todo en verano. En verano Mafalda reventaba corazones. Porque la piel, los ojos y el pelo le brillaban como brillan las cosas recién hechas.

Siempre digo que mi móvil favorito era un lamentable Siemens que ya estaba desfasado antes de que saliera al mercado. De formas bastas y rotundas, era perfecto como arma arrojadiza. No tenía pantalla táctil ni cámara ni juegos ni internet ni nada remotamente útil. Pero tenía los mensajes de Mafalda. Esos mensajes que releía sin darme cuenta y que en 140 caracteres encerraban una risa, varias historias y muchos enigmas.

Cuando recibía un mensaje de Mafalda, me ponía de rodillas, como si celebrara el gol del minuto 116, mirando al cielo, *I belong to Jesus*, y daban ganas de descorchar una botella de champán y beber de ella y luego bailar la conga para celebrarlo.

Una noche de verano en Madrid volvía andando con ella cerca de Cibeles. Hacía calor, la ropa se nos pegaba al cuerpo y estaba amaneciendo. Y me dijo lo mucho que le apetecía bañarse en la Cibeles. Y yo no podía dejar de imaginármela como a Anita Ekberg en *La dolce vita*.

Mafalda fue quien me enseñó que Frank Sinatra era puro *rock and roll*. Ponía un vinilo heredado de su padre y bailaba. Lento. Siempre muy lento.

Hubo una época en la que tenía que dar la vuelta a los libros de mis estanterías que me había regalado Mafalda. Porque no me dejaban dormir. Eran como amenazantes ojos de una serpiente en mitad de la oscuridad de mi cuarto. O como el inagotable tictac de uno de esos Swatch que no te dejan pegar ojo.

Mafalda siempre vivía de noche.

“Vivimos de noche y bailamos rápido para que no nos crezca la hierba bajo los pies. Ese es nuestro credo”.

Pero con esto no me estoy refiriendo a que acabara en la tarima de un *after* bailando *La mayonesa*. Hablo de otra cosa.

Hablo de que siempre tenía una última bala. Un último baile. Una última copa. Una última canción.

Su vida era siempre un gol en el descuento. Un permanente acto de locura, como subir a rematar un córner con el portero.

Hablo de echar un pulso al día hasta caer desfallecida en la cama. De no rendirse nunca.

De rebañar el plato, aprovechar la última gota de la botella de vino y *Carpe that fucking diem*.

De como cuando eras niño y sorbías como un chupóptero las últimas gotas de tu batido. De cuando no pensabas nunca en el mañana. De cuando leías con la linterna debajo de la cama cómics hasta que se te cerraban los párpados. De cuando te revolvías como gato panza arriba para no irte a dormir.

Siempre me recordó al personaje de un cuento de Hemingway que decía:

“Yo soy uno de los que les gusta estar en los cafés hasta que cierran. Con los que nunca se van a dormir. Con los que necesitan una luz por la noche”.

Mafalda siempre se reía con las cosas que le escribía. Se reía fuerte y se le marcaban los músculos del cuello y parecía que en cualquier momento iba a entrar en auto-combustión.

“Tienes que escribir, escribir y escribir. Y cuando te canses, escribe más. Y escribe. Y escribe. Y escribe. Nunca lo dejes. Porque lo más importante en esta vida es encontrar lo que te gusta. Y entonces, dejar que te mate”.

Perdí la pista a Mafalda. No sé en qué andaré metida. A lo mejor ahora está casada con un armador griego millonario, a lo Jackie Kennedy.

Eso sería muy de Mafalda.

En una ocasión leí que la gente que más te ayuda es la que entra y sale de tu vida, como un fantasma. Como Mafalda.

En esos días tristes de primavera disfrazados de invierno, esos días en los que uno puede escuchar goteras de la lluvia cayendo en el corazón, me acuerdo de *Rain in My Heart*, de Sinatra.

Y pienso en Mafalda. Pienso si seguirá dejándose matar por aquello que le gusta.